

**MARIANO RIVERA CROSS**

*FOC CRUZADO*

(Romeo y Julieta a la catalana)



## ÍNDICE

CAPÍTULO 1:	LLUVIA EN LAS RAMBLAS	9
CAPÍTULO 2:	UNA MANIFESTACIÓN COMPROMETIDA	19
CAPÍTULO 2:	LA INFLUENCIA DE LAS PELÍCULAS DE DETECTIVES	31
CAPÍTULO 4:	LAS ARTIMAÑAS O TRUCOS DE MONTSE	55
CAPÍTULO 5:	EL VUELO DEL NIDO	91
CAPÍTULO 6:	CARLES MESA EN LA LISTA DE ALCALDABLE PARA BARCELONA	113
CAPÍTULO 7:	LA PROMESA DEL PARAÍSO EN LA TIERRA	135
CAPÍTULO 8:	LA FAMILIA MESA HACE FRENTE A NUEVAS COMPLICACIONES I	167
CAPÍTULO 9:	LA FAMILIA MESA HACE FRENTE A NUEVAS COMPLICACIONES II	189
CAPÍTULO 10:	SEMANA DE LA PASSIÒ I	217
CAPÍTULO 11:	SETMANA DE LA PASSIÒ II	231
CAPÍTULO 12:	SETMANA DE LA PASSIÒ III	245
CAPÍTULO 13:	DICIEMBRE DE 2015	263

## CAPÍTULO 1: LLUVIA EN LAS RAMBLAS

Llovía en las Ramblas de Barcelona. Al fondo, entre la estatua de Colón y las grúas del puerto, se divisaba el cielo color ocre del ocaso y, pese a la distancia, el poniente traía el olor a algas y mar revuelto, un tanto contaminado, metiéndose por los sentidos de los viandantes. Montse había acudido a las Ramblas para hacerse con una partitura de Juan Sebastian Bach, concretamente la *Suite nº 1 para violonchelo en Sol mayor*, BWV 1007.

“Si no la tiene Casa Beethoven no la tiene ninguna otra librería de España”, se decía Montse mientras iba sentada en el autobús que le acercaba desde el otro extremo de la Avenida Diagonal, donde vivía con sus padres. Además, seguía diciéndose, “estar varias horas paseando entre sus estanterías, oliendo a notas e instrumentos musicales de todo tipo, viene a ser como ir al Palau a escuchar un buen concierto de uno de los grandes, o deleitarse en el Liceo con una buena ópera de mi autor preferido, Puccini”.

Montse cursaba el último curso del grado superior de música, especialidad en violonchelo, en la Escola Superior de Música de Catalunya, y bien sabía que a esas alturas de sus estudios no podía bajar la guardia por nada del mundo. Salvo si tenía fiebre por un fuerte constipado –gracias a Dios hasta ahora nunca había tenido ninguna enfermedad–, debía practicar un mínimo de cinco horas al día el instrumento musical elegido por ella misma cuando tenía siete años. Con una madurez impropia de su edad, se lo manifestó a su

padre a la salida de un concierto de Lluís Claret en el Palau. Desde muy pequeña se quedaba quieta y absorta tanto en los conciertos del Palau, a los que todos los domingos por la mañana le llevaban sus padres, como en las audiciones de música clásica junto a ellos en el salón familiar. Se llevaron los padres, no obstante, una sorpresa al elegir el violonchelo, porque desde su más tierna edad, Montse adoraba un arpa pequeña, diríamos de estudio, situado de adorno en un rincón de dicho salón. La madre había cursado los primeros cuatro años de arpa cuando era pequeña, se cuidaba de mantener sus cuerdas intactas, y con mimo la barnizaba todas las semanas. Aunque casi nunca le sacaba sencillas canciones de su infancia, se encargaba de afinar las cuerdas y las clavijas como si ese mismo día fuera a dar un concierto como solista en uno de los teatros de Barcelona, centros cívicos o palacetes particulares de la ciudad condal.

Mercè comenzó la enseñanza del “arpa chiquito”, como le llamaba, a su hija Montse cuando tenía tres años de edad. Desde los siete años hasta bien entrada la adolescencia, Montse cursó estudios de violonchelo, pero también hacía sonar las cuerdas del “arpa chiquito” con mucho mimo y cuidado. Sólo al entrar en el grado superior del violonchelo, cuando la exigencia de dicho instrumento le restaba tiempo para dedicarlo al “arpa chiquito”, dejó de tocar a diario fragmentos de canciones populares o fragmentos de algunas de sus partituras de Conservatorio. La madre la miraba a escondida, con admiración, tocar su instrumento infantil y, como le recordaba sus ilusiones truncadas, las lágrimas se asomaban a sus ojos.

Montse había llegado con la edad a tener una pasión especial por todo lo relacionado con el ambiente musical, y, de manera muy particular, por la llamada música clásica.

Para ella, ambiente musical y música iban tan de la mano que un buen concierto, pese ser la auténtica pasión de ella y de su familia, equivalía a estar varias horas ojeando libros de música y partituras en una librería especializada como Casa Beethoven. Como la noche anterior a un concierto apenas dormía, para evitar los amagos de angustia claustrofóbica que le solía asaltar en esas situaciones, por supuesto no cogía el metro. Las profundidades y la claustrofobia para Montse eran hermanas gemelas, y para evadirse de la tensión interior, en el autobús, con vergüenza por si alguien conocido la veía, se ponía a leer un cómic de contenidos humorísticos.

Una vez se despachaba a gusto ojeando libros y, más en concreto, partituras para violonchelo, compraba las más necesarias. Muchas veces, pese depender aún de sus padres económicamente y no poder gastarse cuanto deseaba, de sus ahorros personales compraba las biografías de los músicos más célebres de la Historia de la Música. También, inevitablemente compraba cuerdas de violonchelo, grasa, barniz y demás complementos para mantener su instrumento en plena forma.

Solía salir de Casa Beethoven coincidiendo con la hora del aperitivo y entraba en la Cervecería Catalana situada en la Rambla de Cataluña. La cervecería, situada cerca de la parada del autobús para volver a casa de sus padres, era el punto de encuentro de un grupo de compañeros de Conservatorio, que pasaban horas allí en animada conversación. Pese a no haber intimado con la mayoría de ellos por estar en desacuerdo con sus ideas políticas, Montse se sentaba con el grupo, pedía una cerveza con una tapa, por lo general de paella, y entraba en la conversación si se hablaba de música o cultura general. Apenas solía opinar cuando inevitablemente el contenido de la conversación giraba hacia el conflictivo

tema de moda de la independencia de Cataluña. Sus compañeros, tanto las chicas como los chicos, se inclinaban hacia el soberanismo catalán, por lo que cuando se veía un tanto acosada salía del apuro limitándose a decir que Cataluña y Barcelona en particular eran unos de los lugares más encantadores de España y del mundo para vivir, fuera independiente o siguiera perteneciendo políticamente a España. Luego dejaba pasar unos minutos y cuando se cambiaba de tema se marchaba con discreción, no sin antes despedirse de sus compañeros de aventuras musicales.

Volvía entonces a casa de sus padres en autobús y solía quedarse con ellos un buen rato, bien viendo la televisión, bien charlando y compartiendo temas en los que curiosamente, pese a la diferencia generacional, estaban de acuerdo. Luego se encerraba en su cuarto largas horas tocando el violonchelo. En las tardes del sábado, su amiga Raquel, venezolana afincada con sus padres en Barcelona desde principios del actual siglo, le proponía siempre salir para divertirse. En ocasiones, rechazaba la propuesta de Raquel y se quedaba en casa con el beneplácito de sus padres, quienes no podían esconder la satisfacción de charlar con ella de la peli de la tele o dormirar junto a su única hija.

Pero muchas veces Mobtse accedía a la petición de la amiga. Era difícil no caer en la tentación, según le recordaba una y otra vez con gracia su amiga, de salir para enamorar a chicos “babiecas”. Lo tenían claro ambas amigas, ellas no debían enamorarse hasta no terminar sus respectivas carreras y obtener un trabajo directamente relacionado con sus vocaciones. Se citaban entonces por los alrededores de la Sagrada Familia donde su amiga vivía –aunque a veces, como tantos otros jóvenes, se veían en la Plaza de Cataluña–. Raquel y Montse jamás llegaban a sus casas pasadas las doce

de la noche. En eso coincidían las dos amigas, como en otras tantas cosas, pese tener ambas veintidós años. Por si fuera poco, ambas habían llegado al acuerdo con sus respectivos padres, de llamarles por teléfono si por cualquier causa se iban a retrasar.

Justo aquel año de 2014, cuando las dos estaban confiadas en sus respectivas voluntades de pasarlo simplemente bien, conocieron a dos estudiantes de Derecho, naturales de Barcelona, los cuales desde hacía tres años se habían independizado en parte de sus padres. Habían alquilado junto con un buen amigo de los dos, Albert, estudiante de Filología Catalana y estudiante de primer curso del grado superior de piano, un acogedor pisito de tres habitaciones y dos cuartos de baño en pleno centro de Barcelona. El pisito estaba situado muy cerca de la Plaza Nova, justamente en Plaça d'Isidre Nonell, cerca de la más conocida Plaça de Vuit de Març y del popular y concurrido Portal d'Àngel. En la Plaça de Isidro Nonell existían tres conocidos pubs, repletos de jóvenes artistas y aficionados a las artes. En uno de los pubs solían entrar escritores y amantes de la literatura y del periodismo, en otro de los pubs solían reunirse pintores y escultores, y el Pub Casals era conocido como el reducto de los jóvenes músicos catalanes y melómanos. En los tres pubs se debatía en acaloradas tertulias la exaltación de los valores de los artistas catalanes de otros siglos y, como era de suponer, lanzaban nuevos postulados para crear vanguardias a tono con la idiosincrasia actual de la cultura y de la forma de ser del catalán.

Albert fue quien, casi por obligación familiar, había desviado ese día el itinerario de los tres amigos, desplazándose de su bendita Plaça Nonell a la gaudiniana Carrer de Provença. En uno de su restaurantes se celebraba la boda

de su prima y a la salida, ya un tanto tarumbas los tres, se dirigieron para rematar la noche al bar afrancesado Premier. Aunque los tres entraron para tomarse un café bien cargado y quitarse la cogorza, para rematar el banquete pidieron sendos güisquis de malta como le gustaba a Sergi, de madre con sangre escocesa. Como eran simpáticos y extrovertidos conectaron con facilidad con nuestra protagonista Montse quien, acompañada de su amiga Raquel y la amiga de esta, la brasileña Miranda, antes de marchar a sus casas, remataban la noche en el afrancesado Café con una copa de cava. Hasta tal punto conectaron las tres parejas que, con gran liberalidad, hablaron de temas tan morbosos en el terreno de la música, como la comparación de la salsa con el vals, eso sí, dejándose llevar las tres amigas por los efectos del cava.

Las tres amigas se habían quedado prendadas –aun sin enamorarse del todo– de los tres jóvenes que conocieron en la Carrer Provença. Montse, de Sergi; Raquel, de Antoni; y Miranda, de Albert. Desde aquel día, casi con exclusividad, todos los sábados se citaban con sus respectivos amigos en el Pub Casals de la coqueta y catalana Plaça de Isidre Nonell. Durante los primeros meses, de acuerdo las tres amigas, se negaron a terminar la noche tomando una copa de vino en el pisito alquilado de los tres amigos. Y, cómo no, también en varias ocasiones, para no caer en la tentación, declinaron la propuesta de cualquiera de ellos de cenar en el pisito, bien para celebrar el santo o el cumpleaños de uno de ellos, o haber aprobado una asignatura pendiente. Incluso en una ocasión se negaron a celebrar en el pisito el éxito de la multitudinaria concentración de la Diada de aquel año de 2014. Mas no querían parecer ante ellos unas conservadoras nacionalistas, y no digamos unas chicas fachas, católicas y conservadoras. Por lo que, un tanto picaronas, les daban a

entender que no se negaban a entablar amistad con chicos agradables y de su gusto, pero por supuesto sin despertar en sus corazones emociones más allá del agrado. Como mucho, no tenían inconveniente en pasar un buen rato en el pub, dándose los besos y abrazos permitidos por la pasión de la amistad, mas sin pasarse. Nunca querrían convertirse en un futuro no muy lejano en esposas catalanistas. Aunque, por muy distintas que fuesen las ideas políticas existentes entre el grupo de las chicas y el de los chicos, la amistad, con atisbos de enamoramiento, se fue consolidando entre ellos.

Los chicos pertenecían a sendas familias de burgueses catalanes de la clase media profesional. Los padres de Sergi, arquitecto y aparejador respectivamente, eran dueños de un estudio montado hacía algo más de veinte años junto al Paseo de Gracia. En él se habían diseñado muchos proyectos realizados en Cataluña y en la ciudad condal, aunque afectados en esos momentos directamente por la crisis, se vieron en la necesidad de rescindir cuatro contratos de los seis ayudantes del estudio. Por otra parte, los padres de Antoni eran médico y enfermera, respectivamente. Él con una remuneración importante al ejercer como especialista urólogo en el Hospital Pompeu y Fabra, paga incrementada considerablemente con las ganancias obtenidas por el matrimonio en la lujosa consulta que también hacía cosa de veinte años poseían en el mismo Paseo de Gracia. Los padres de Albert eran propietarios de una joyería en pleno corazón de la ciudad condal, justo en las Ramblas de la Canaleta, aunque los beneficios del negocio también mermaron los últimos años, hasta el punto de ponerse ambos al frente del negocio. Los tiempos no eran propicios y no paraban de pleitear con la casa aseguradora tras dos intentos de robos perpetrados, uno en dos mil doce y otro hacía pocos meses, sin mencionar

la rotura de escaparates cuando al Fútbol Club Barcelona le daba por ganar año tras año la mayoría de los campeonatos en disputa.

Las tres familias, aunque en lo político procuraban aparentar, como burgueses y profesionales, no tener favoritismos, en lo más hondo de sus corazones se sentían abiertamente independentistas. Sus abuelos y sus padres habían nacido en Cataluña y se sentían catalanes hasta la médula. Por herencia aseguraban no ser tenidos sus méritos en cuenta por el gobierno central, hasta el punto de convertirse muchos de sus sentimientos en rencores con visos en algunos casos de odio. Mas como no dejaban de ser comerciantes y patronos, y no vislumbraban una gran prosperidad de Cataluña independizada de España, y no digamos de Europa, los tres matrimonios vivían momentos muy complicados. El talante y discurso de ellos, tanto en el foco familiar como en el grupo de amistades y de los foros sociales a los que pertenecían eran un tanto ambivalentes. Manifestaban sus independentismos con todos los reparos del mundo a un futuro no prometedor. Eran partidarios de consolidar la economía y la relación diplomática de Cataluña en Europa y en los demás países y continentes del globo, para dar el golpe de mano definitivo y constituirse en País y Estado Independiente cuando la prosperidad económica y cultural catalana fuera manifiesta.

Si sus amigos y socios de las instituciones frecuentadas (Palau de la Música, Ateneo Catalán y Asociación Nous Catalans) le rebatían sus discursos, haciéndoles ver y razonar que podrían pasar décadas y décadas antes de que Cataluña, según sus ideas, estuviera en condiciones de lograr la independencia, ellos les contestaban con cierto humor, muy en el terreno de las frases moralistas y refraneros populares.

Como era el caso de esta típica frase tan castellana: *“Tanto para la salud del cuerpo como para la del espíritu, mejor era fortalecer el estómago y después las ilusiones”*, para después repetir dicha frase en catalán *“Per a la salut del cos i la millor època de l’esperit enfortir l’estómac i llavors les il·lusions”*, con lo cual, pese a sus apariencias conservadoras, no renegaban, de ese modo, de la lengua que les amamantó.



## CAPÍTULO 2: UNA MANIFESTACIÓN COMPROMETIDA

Bien porque las chicas campeaban el temporal independentista como mejor podían, valiéndose de interesantes y culturales conversaciones, cuando no acudiendo tan sólo a las caricias del amor, sin contratiempos pasaron los primeros meses del curso 2014-2015. Pese a ser considerado un acto retrógrado y facha no haber pasado de las caricias y de los besos y, lo que era aún más inimaginable, viviendo ellos a menos de veinte metros del lugar de encuentro, ellas habían resistido las invitaciones al pisito de sus amigos, como aún les llamaban. Los tres jóvenes ya habían desistido de su empeño cuando inesperadamente un sábado, cargados más de la cuenta los seis con cervezas, las tres les prometieron que se entregarían justo el mismo día de proclamarse la independencia en Cataluña.

Había pasado el 9-N, y el Gobierno de la nación, terco y fiel a sus consignas antidemocráticas, propias de un partido de derechas, no admitió como legal la consulta soberanista, por lo que en un primer momento la desilusión y la rabia se extendió por la ciudad condal como una niebla pertinaz. Por supuesto, también llegó a esa mayoría de jóvenes barceloneses que soñaban en convertirse en ciudadanos de la gran urbe del siglo XXI, la heredera del París de finales del XIX, del Berlín de las primeras décadas del XX y de la Nueva York, meca de la segunda mitad del siglo XX. Al propio Presidente de la Generalitat en un primer momento se le vio dudar y dar algún paso en falso, mas pasadas las fiestas navideñas, una

vez reforzó la cúpula del Gobierno Catalán, y la alianza de intereses con el sentimiento independentista del País Vasco, volvieron los bríos catalanista a la población, con más fuerza y virulencia a los grupos de jóvenes, y más aún a los grupos de jóvenes universitarios.

Volvió con el nuevo año de 2015 la efervescencia catalanista a la ciudad Condal, y a nuestros tres jóvenes, como a la mayoría de sus compañeros universitarios no se les pasó por las cabezas que se cumpliera cualquiera de las hipótesis, estudiadas y comentadas en los medios de comunicación por prestigiosos economistas y politólogos, contrarias a sus deseos:

a) que no tuviera lugar en dicho año ni en los sucesivos un referéndum independentista;

b) en caso de llegar a efectuarse, bien porque fuera de índole nacional e incluso aunque sólo votasen los catalanes, que los resultados no llegaran al prometedor cincuenta por ciento; o,

c) que el actual presidente de la Generalitat virara inesperadamente el rumbo y, como había sucedido en décadas anteriores, pactara con el Gobierno Central de la Nación, con la correspondiente frustración y la consiguiente sensación de impotencia incrustadas en lo más profundo de sus mentes y de sus corazones.

Agarrándose al carro de los acontecimientos, coincidiendo con la manifestación convocada por el nuevo partido político Podemos en Madrid para finales de enero, el comité independentista universitario catalán, convocó a todos los universitarios barceloneses y catalanes a manifestarse pacíficamente por las vías más conocidas de la ciudad. Desde las mismas puertas de la Sagrada Familia hasta la estatua de Colón junto al puerto, después de pasar por las míticas ram-

blas barcelonesas, y con el lema BARCELONA, LA FUTURA CIUDAD DE LA CULTURA Y DE LA LIBERTAD, exhibirían pancartas y carteles audiovisuales. También habría bandas de coblas, bailes de sardanas, orquestas de cámara, fragmentos de óperas, títeres, lecturas de poemas catalanes y extranjeros traducidos al catalán y, por supuesto, innumerables castellers. Manifestación cuya intención, más allá de los propios deseos independentistas, se sumaba al hecho de restar votos precisamente al nuevo partido Podemos, entre otras cosas contrario a los soberanismos independientes. Podemos destacaba como segundo en intención de votos para las elecciones al Parlamento Catalán, según la última encuesta realizada hacía pocas semanas por distintos medios de comunicación nacionales y catalanes.

Como era de esperar en los cenáculos y tertulias catalanas se habló largo y tendido del tema y, como no podía ser menos, levantó multitud de debates en el Pub Casals, donde seguían reuniéndose nuestras tres parejas los fines de semana. Sergi, con su charla vivaz, rápida y contagiosa, no daba resquicio a las chicas, en especial a Montse, con el fin de introducirlas poco a poco en el sentimiento profundo del pueblo catalán. Después de las exposiciones a modo de mitin de Sergi, sus compañeros y todos los jóvenes de las mesas contiguas, incluidas las dos amigas de Montse, le aplaudían, le vitoreaban, y, contagiados del ambiente, cantaban a todo volumen *Els Segadors* y después de repetir cinco veces, entusiasmados, el estribillo del himno “Bon cop de falç! Bon cop de falç, defensors de la terra; Bon cop de falç!”, prorrumpían en fuertes aplausos.

Difícil situación se le estaba presentando a Montse, aun queriendo y llevando a Barcelona en su corazón, aunque

no tanto al resto de la región de Cataluña a la que apenas conocía. Confundía ser barcelonesa con ser catalana.

Tanto en las vacaciones de Navidad como en la de Semana Santa y las largas vacaciones de verano, desde muy pequeña, se iba con sus padres a la casa del abuelo paterno José Manuel en la mítica Tacita de Plata, cerca de mil kilómetros de distancia, sin un átomo de nieve en sus cumbres cercanas y con un mar Atlántico bien distinto al mediterráneo de la Costa Brava. Una vez cumplidos los dieciséis años, Montse repartía las vacaciones estivales entre Cádiz y Londres, ciudad donde perfeccionó sus estudios de inglés mientras recibía clase de la famosa violonchelista Katalin Illés en la Royal Academy of Music de Londres. Pero a medida que fue cumpliendo años, las vacaciones gaditanas las compartió con cuatro semanas perfeccionando sus estudios del chelo en la prestigiosa Fundación Rostropovic en San Petersburgo.

No obstante, a veces cantaba en el pub las canciones emblemáticas catalanas con gran entusiasmo, no solamente porque musicalmente le exaltaban, sino porque por aquella época deseaba mostrarse catalanista ante su amigo-novio Sergi, a quien no quería perder. No sabía si se había enamorado de él o si sólo se lo pasaba de maravilla, disfrutando con sus mítines, sus caricias y sus bromas. Era cuestión de no informar a sus padres de su asistencia a la Gran Manifestación Universitaria Catalana, como se dio en llamar, ni tampoco mostrar un gran ardor en las protestas y, sobre todo –se lo había oído decir muchas veces a antiguas compañeras de estudio–, procurar no dejarse coger por la policía. Decidió ir a la manifestación pero le hizo prometer a Sergi, dado que desde pequeña cuando estaba rodeada de una multitud sentía angustias, hasta el punto de marearse y caerse al suelo,

que no se meterían en el grueso del follón y siempre procurarían estar cerca de una bocacalle para saberse ella junto a una salida y no dejarse llevar por la claustrofobia.

Durante las semanas previas a la manifestación, tanto en la propia Universidad como en la Escola Superior de Música de Catalunya y los pubs frecuentados por Montse y sus compañeras y amigos, el furor independentista iba en aumento y a Montse se le estaba contagiando el espíritu separatista. Pese ser una joven sumamente reflexiva, le estaba costando trabajo autoanalizarse. Debía determinar si ese tímido contagio era producto de las circunstancias implícitas a la manifestación convocada, o si era más bien producto de una posible metamorfosis producida en su evolución personal.

Todas las dudas del mundo le asaltaron en los días previos a la Gran Manifestación Universitaria Catalana. Aunque no estaba dispuesta a sufrir por causa de sus dudas, recordaba haber escuchado desde niña a su padre repetir cientos de veces la siguiente cita de Shiller «La duda es el gusano de la felicidad» y no quería ser devorada por tal pasión, pero el gusano poco a poco fue ganando terreno en su corazón. Mas la coyuntura de los acontecimientos le fueron favorables. Al final, los organizadores –aunque ella no supo las causas– decidieron coincidir la manifestación universitaria con la Macro-Representación de Fuerzas del partido político Podemos, con todas sus asociaciones y plataformas afines, para la mañana del domingo once de enero a las 11,30. Según los pronósticos de la Agencia de Meteorología Española, a catorce días vistas, se esperaba en la ciudad condal a dicha hora la friolera, para tales latitudes, de ocho grados centígrados y un noventa por ciento de probabilidades de chubascos y tormentas. Montse se quedó mucho más relajada y algo

más tranquila ante sus dudas. Bajo una pancarta de algo más de diez metros de larga y camuflada con el chubasquero, capucha y bufanda tapándole gran parte del rostro, no iba a ser identificada ni por los padres, si veían las imágenes de la Manifestación a través de TV3 como curiosidad o como motivo de indignación y réplica, ni por ningún miembro de la familia y amigos antisoberanistas. Además, consiguió de Sergi la promesa de que en caso de complicarse el tiempo y se levantara un viento parecido a un vendaval y lloviera de lo lindo, se meterían por la primera bocacalle y se irían directos al Pub Casals.

Y así ocurrió. Al primer asalto de la soberanía catalana, Montse lo pudo vencer. El pronóstico del mal tiempo se cumplió cien por cien, de tal manera que se mantuvieron en la manifestación Montse y sus compañeras y amigos tan solo la primera hora. Como llovía copiosamente y se había llevado adrede un enorme chubasquero y una enorme bufanda, nadie de su familia y conocidos la reconocieron. No obstante, algunas ideas de su amado amigo se le estaban metiendo en el subconsciente y, aunque hacía lo posible por quitárselas de la cabeza, le estaba costando un gran esfuerzo. Al día siguiente de la manifestación, cuando llegó del Conservatorio sus padres estaban viendo en el salón un reportaje de la manifestación emitida en diferido por TV3, con claros indicios de parcialidad. Cuando su padre entre indignado e irónico le preguntó por las payasadas de los independentistas, no digamos de los universitarios, a quienes se les suponen han desarrollado las mentes y el horizonte de las ideas, Montse, algo mohína y también un tanto irónica les contestó, «estar cerrado a cualquier idea, incluida la anti soberanista catalana, tampoco es muestra de poseer unas mentes desarrolladas». Aunque, para no herir a

sus padres ni levantar sospechas, terminó diciendo, «no lo digo ni con retintín ni por supuesto me ha seducido el catalanismo separatista, pero no estaría mal tenerlo en cuenta». Dio media vuelta, se fue a la cocina, se preparó un sándwich de jamón de york e, inmediatamente se fue a la cama, no sin antes despedirse dándoles un beso a sus padres quienes sin salir de su asombro, por las miradas, era fácil deducir se estaban preguntando a un mismo tiempo si conocían a fondo a su hija.

Fue tanta la sorpresa y la preocupación de ambos que, una vez se acostó la hija y apagó la luz mientras escuchaba un concierto para violonchelo y orquesta, en voz muy baja le preguntó el padre a la madre, ¿sabes tú si tiene novio o, como se dice hoy en día, sale con algún amigo? Tal vez tengas razón. De un tiempo acá permanece más tiempo en su cuarto a la hora de arreglarse. Ella siempre ha sido muy presumida y por lo mismo no le he dado mucha importancia, aunque como decimos las mujeres si nos arreglamos es para parecer más sexy ante los chicos. Ella sigue saliendo con sus mismas amigas porque casi todos los días se llaman y yo misma he cogido varias veces el teléfono y las he saludado, y, como tú también sabes, nunca ha llegado más tarde de las doce de la noche. Además, sigue sacando buenas notas y le dedica yo diría cada día más tiempo al violonchelo. Sin embargo, tienes razón, algo cambiada está, como más mujer, como si saliera con algún chico; pero, no sé, tal vez se esté haciendo mayor, simplemente. Sin que por ello quiera decir que esté saliendo con algún chico y, como te conozco y adivino tus intenciones, menos aún con unos de esos jóvenes soberanistas. Pero, ¿y la respuesta de esta noche? ¡No me dirás que no es un tanto extraña por parte de nuestra Montse! Yo te pediría, Mercè, sin menoscabo de tu dignidad,

porque tú eres y serás siempre la mujer más importante de mi vida, que la siguieras una tarde con disimulo para saber a dónde va y con quién se reúne. ¡No pongas esa cara, mujer! Intentaré ser más claro y más explícito. No te pido que te rebajes y hagas algo indigno, ni tampoco que seas tú, por ser mujer, quien tengas el deber de vigilarla. Simplemente te lo pido porque ando en estos momentos muy atareado en la Universidad con los pruebas del Plan Bolonia y no sé de dónde voy a sacar tiempo libre. Pero si quieres, como hasta el lunes de la siguiente semana no comienzo los exámenes de postgrado y hasta entonces tengo tiempo para fijar el sistema de evaluación de los trabajos realizados fuera de clase, mañana lunes, cuando salga la niña por la tarde al Conservatorio, los dos la seguimos de lejos. No es porque yo me sienta rebajada en mi condición de mujer, Carles. Como sabes, a mí las cosas nuevas, improvisadas, me ponen muy nerviosa, no atino y soy capaz de dar la vuelta y volverme a casa. No te preocupes, cariño; mañana salimos los dos un minuto después de Montse y la seguimos juntos. Todo puede ser, Carles, y como ella por lo general coge el autobús, nosotros también lo cogeremos. Y, aunque parezca muy peliculero –ya sabes lo que me gustan las películas de espías– como estamos con los ecos de los carnavales, aquí detrás de nuestra calle, en el bazar chino tal vez el más grande y surtido de Barcelona, tú te compras un bigote postizo, una especie de tupé para taparte la calva de tus profundas entradas, y yo me compro unas gafas de sol, un pañuelo de colores para ponérmelo en la cabeza y me pinto muy exagerada, remarcando los labios y los ojos, aunque nunca lo haya hecho. También nos ponemos los trajes más viejos guardados en los roperos, ropas que Montse ni las recuerde, y a vivir la aventura, Carles. Estoy

de acuerdo contigo. No perdemos nada y podemos ganar mucho viviendo la aventura.

Llegada la tarde siguiente y después de comprar en el Bazar Chino los distintos complementos para pasar desapercibidos ante su hija, en el momento de verse ante el amplio espejo del armario del dormitorio, los dos se dieron cuenta de parecer unos auténticos fantoches. No sólo no iban poder eludir a la hija en caso de ser identificados por ella, sino que no sabrían qué decirle y muy posiblemente, y ni siquiera querían pensarlo, podían provocar una ruptura con su única hija, por quien eran capaces de dar sus vidas. Se miraron, se sonrieron no obstante, y tal como estaban de disfrazados se sentaron en el borde de la enorme cama de matrimonio. Más o menos a los tres minutos de estar en silencio, el padre se levantó, trajo las Páginas Amarillas de la ciudad de Barcelona, y tras buscar durante unos segundos en dichas páginas, le dijo a su mujer, aquí tenemos la solución, querida, a menos de doscientos metros. En la Carrer de la Selva del Mar, entre la Avenida Diagonal y la Gran Vía de las Cortes Catalanas, se anuncia un detective privado. Quitémonos estos disfraces, le llamo por teléfono y si puede vernos esta tarde o mañana martes por la tarde sería magnífico, porque el próximo fin de semana se podría encargar de seguir a la niña y decirnos dónde va, con quién se junta y si de alguna manera está saliendo con algún amigo, en calidad de novio. Pero antes de seguir adelante, Carles, según veo yo en las películas policíacas de televisión, como siempre son personajes muy influyentes y poderosos los que se hacen con sus servicios, me pregunto, cuánto cobrarían y si vamos a poder sostener este dispendio, no sé hasta qué punto necesario. No te pongas nerviosa y menos a la defensiva, Mercè. En primer lugar, en las pelis de la tele no siempre son personas pode-

rosas las que contratan los servicios de detectives privados; en segundo lugar, seguir a la niña es un servicio puntual, rápido y sin grandes desplazamientos, es decir, no pueden ser muy caros dichos servicios; y, en tercer lugar, no vamos a contratar los servicios del detective más famoso de Estados Unidos o cosa por el estilo. Requeriremos los servicios de un detective privado de lo más normal del mundo. Supongo que nos podría costar, una vez recibamos un informe escrito y detallado, alrededor de seiscientos euros o, pongamos en un caso extraordinario, unos ochocientos euros. Nos lo podemos permitir, y además ese gasto nos es vital para conocer a fondo a nuestra hija y adaptarnos a sus costumbres e ideas, en caso de no poder con persuasión y cariño acercarla a nuestra forma de vida. ¿Estás de acuerdo, Mercè? ¿Llamo o no llamo? Llámale, Carles y, como decía mi abuela, porque mis antepasados de hace cuatro generaciones también eran andaluces, que salga el sol por Antequera.

Marcó Carles el número indicado en las páginas amarillas y después de seis llamadas, una voz gangosa, como si estuviera resfriado o adormilado, contestó preguntando, ¿Con quién tengo el gusto de hablar? ¿Es usted Xavi Poblet Hernández, detective privado? Sí. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? Concretamente somos un matrimonio y queríamos contratar sus servicios para algo muy sencillo, y nos preguntábamos mi mujer y yo si pudiera usted atendernos en pocos minutos. Casualmente vivimos a no más de diez minutos andando de su despacho. ¿A qué hora cierra usted por la tarde, señor? Son las siete y cuarto y cerramos a las ocho y ya no abrimos hasta mañana a las nueve y media de la mañana. Pero ocurre que estoy esperando, en cosa de cinco o diez minutos, la visita de una señora para proponerme también unos servicios, y posiblemente no voy a poder atenderle

hasta el miércoles por la tarde porque estoy trabajando en un caso fuera de Barcelona, pero puede atenderles mañana uno de mis ayudantes, concretamente el señor Víctor Barral, e incluso puede llevar a cabo su petición, si se trata como dice usted de un servicio no complicado y rápido. Sí, dígame con la mayor sinceridad, señor, si su ayudante Víctor está capacitado para seguir, vigilar y hacer un informe detallado de los ambientes, amigos, etcétera, frecuentados por mi hija. Cuando hablaba de servicio complicado hacía referencia a filtraciones en células terroristas o en países o regiones del mundo muy peligrosos, pero el servicio requerido por usted y por su señora, le puedo asegurar con rotundidad lo puede llevar a cabo con satisfacción plena mi ayudante, el señor Víctor Barral. Bien, perfecto. Mas como usted mismo comprenderá que estas cosas tan íntimas no han de revelarse por teléfono, si su ayudante el señor Víctor nos puede recibir mañana martes por la tarde nos lo hace saber y a partir de las seis y media estamos allí y le explicamos con detalle todo lo necesario para el caso. Si pudiera este próximo fin de semana el señor Víctor Barral comenzar a vigilar a nuestra hija, aun siendo sábado porque da la casualidad es el día que nos interesa, le estaríamos muy agradecido. De acuerdo, señor... No, rectifico. No se identifique por teléfono. Mi ayudante Víctor Barral les espera mañana a partir de las seis y treinta minutos de la tarde en nuestro gabinete de la Carrer de la Selva del Mar, 21, 2º derecha, despacho 384. No obstante, aunque sea mi ayudante quien os atienda y quien realice el servicio, si me encuentro en esos momentos por casualidad en el despacho, aunque tan solo sea para saludarles, saldré y con gusto les estrecharé las manos. Bien, pues mañana por la tarde estamos allá. Les esperamos y estamos a vuestro servicio, señor.